

LIBROS

Una historia de demonios

Del eclipsado Aldous Huxley de «Contrapunto» y «Un mundo feliz», que tanto éxito tuvo hace unos años como narrador de una inquietante raza intelectual en el panorama bastante mediocre de la narrativa europea de entreguerras, nos llega ahora un libro raro a medio camino entre la investigación histórica y la novela. «Los demonios de Loudun» —Biblioteca Universal Planeta, Panorama 1, núm. 4— revive una historia del XVII francés, que, según parece, inspiró en su día a los grandes escritores románticos —Dumas, Vigny— y ha sido recogida recientemente por el cine. La extraordinaria fuerza del tema ha permitido a Huxley, por su parte, recrear un mundo auténtico en el que no es fácil distinguir el elemento histórico de la ficción superpuesta.

«Los demonios de Loudun» es la historia de uno de tantos incidentes misticoides, con fondo de vídriosa patología sexual, que ocurrieron en la época del barroco. Un cura provinciano, bien dotado y discípulo de los jesuitas, Urbain Grandier, es el protagonista del cuento. La figura de Grandier alcanza en manos de Huxley un relieve estupendo, que permite observar con detalle la fisonomía moral del hombre del barroco. En el momento en que Grandier vive, Francia trata de liquidar, bajo la férula diestra de Richelieu, la herencia disolvente de las guerras de religión y consolidar la unidad religiosa como garantía de la unidad política. La Iglesia y el Estado marchan de acuerdo sobre la base de una independencia y protección mutua, correspondiendo a los jesuitas la obra de recatolización indispensable al equilibrio nacional recién logrado. Pero la maniobra tiene que eliminar todavía la resistencia hugonote, y esa fue la tarea asumida por Richelieu.

Cuando Urbain Grandier llegó a Loudun, destinado como párroco, se encontró con una ciudad dividida, que bien puede servir como maqueta del conjunto de la sociedad francesa de la época. De ahí que lo más revelador del libro de Huxley no esté en los protagonistas, sino en la imagen del conjunto social a que los personajes nos remiten. La historia de Grandier, un clérigo soberbio y concupiscente como tantos otros, descubre el fracaso de la Contrarreforma en su propósito de liqui-

dar la corrupción más que secular de la vida eclesiástica. Lo de menos, en este sentido, es el espectáculo, ciertamente estupendo, de la dulce vida a que el cura Grandier se entregó entre su feligresía o el incidente, bastante torpe, de unas monjas «poseídas», que no era ninguna novedad tampoco. Lo que tiene verdadero interés es el hecho religioso en sí mismo, la manera de vivir la religión que tuvo el siglo de la Contrarreforma. Sorprende el estado de descomposición del catolicismo

francés y el grado de cinismo que alcanza la actitud de la mayoría de los creyentes. En relación con las andanzas de Grandier, Huxley va sacando a la luz uno tras otro los personajes que parecen competir sin gran entusiasmo, eso sí, por la palma del cinismo más abyecto, desde el cardenal incestuoso al obispo iracundo, pasando por las novicias corrompidas y los clérigos perjuros. Es evidente que la pintura de Huxley no revela en la sociedad barroca francesa los conflictos y tensiones que por entonces conmovieron a la española. El sentimiento religioso había alcanzado allí un nivel de secularización tan alto que no fue difícil instrumentalizarlo al servicio de los intereses más mundanos.

Eso explica, por ejemplo, la actitud de Richelieu ante el tragicómico episodio de «Los demonios de Loudun». Grandier fue un provocador verdaderamente extraordinario que terminó granjeándose una activa legión de enemigos; pero su error más grave fue no advertir que el límite de su escandalosa impunidad estaba allí, donde su conductor se implicaba en la lucha política. El instinto de Huxley acierta al presentar la tragedia del informe Grandier como un resultado de la lucha política y no como un asunto religioso. En efecto, mientras las prevaricaciones y vilezas cometidas por Urbain Grandier no son bastantes para arruinar la carrera de cura rural, basta que el personaje se oponga a los designios de Richelieu para que su desgracia se precipite. El hombre que supera indemne una carrera increíble de despropósitos y logra burlar, una y otra vez, a los vigilantes enemigos sucumbe, en cambio, sin causa ni razón, cuando su conducta suponía un peligro político. Y, en fin, como complemento de este análisis de la sociedad de la Contrarreforma, Huxley sabe subrayar el viscoso grado psicológico del catolicismo barroco al exponer en sus divertidos o patéticos detalles el caso de las monjas de Loudun. La figura del jesuita Susin, con su dureza y prosaísmo de sabor medievales; la recua de confesores y exorcistas que atormentan a las pobres «poseídas», dan una idea de la borrascosa espiritualidad barroca, allí donde sobre-

pasaba de algún modo la pura instrumentalización de ideas. Por lo demás, el caso de las endemoniadas de Loudun no tiene un específico relieve demonológico. Y eso es lo que tiene de curioso: que una patraña tan vulgar y tan fácil de desmontar pudiera provocar tanto revuelo teológico y servir de base inapelable en un pleito que, con toda evidencia, era de carácter político. ■ J. A. GÓMEZ MARIN.

Una nueva práctica de la historia de las ciencias

Lo normal y lo patológico, primer libro de Georges Canguilhem (1943), ha sido publicado en castellano en una cuidada edición (1), precedida de un excelente prólogo crítico de Dominique Lecourt (La historia epistemológica de G. Canguilhem).

Profesor en la Sorbona, G. Canguilhem es el sucesor del filósofo Gaston Bachelard en la dirección del Instituto de Historia de las Ciencias de París, donde dirige un seminario que durante más de quince años ha formado a buena parte de los filósofos e historiadores de las ciencias en Francia.

La aparición del libro es oportuna puesto que tiene lugar en un momento en el que se está realizando el encuentro entre la epistemología (Bachelard, Canguilhem, Foucault) y el marxismo (Althusser, Balibar, Fichant, Pêcheux, Lecourt). En esta coyuntura están publicándose libros del mayor interés, que suponen una nueva práctica de la historia de las ciencias. El ejemplo más reciente es la historia de la biología, escrita por François Jacob (La lógica del viviente, a publicar próximamente por Editorial Laia).

El objetivo de Canguilhem es el de continuar, en cierto modo, el proyecto de Bachelard de «dar a la ciencia la filosofía que merece», luchando contra las filosofías idealistas del conocimiento. Como ha señalado recientemente Dominique Lecourt (2), lo que caracteriza tanto a Canguil-



«LOS COMPLEMENTARIOS», EN EDICIÓN FACSIMIL

Hace ya algunos años, Guillermo de Torre, crítico literario, afrontó la tarea de ordenar unos ciertos manuscritos de don Antonio Machado para su edición en Sudamérica. A lo largo del año pasado, «Cuadernos para el Diálogo» editó, a cargo de Aurora de Albornoz, una antología de textos cuya incidencia constituyó un hecho significativo en el panorama cultural español. En la actualidad, Machado sigue presente en la actividad editorial de este país, con la reciente edición facsimil de *Los Complementarios*, inédito en España hasta la fecha, a cargo de Domingo Ynduráin y Florentino Trapero. El libro fue presentado en la Editorial Taurus por Pedro Lain Entralgo. Con emocionadas palabras, no exentas de biografías, Lain Entralgo glosó la significación de *Los Complementarios* en el contexto histórico de Machado, en el suyo propio y en el actual, proyectándola hacia el ámbito de lo ético-metafísico en la opción del hombre ante la realidad. El recuerdo de este hombre ilustre —dijo Lain— constituye un acto honroso para las letras españolas y para la vida española en general. A continuación señaló los peligros que entraña una actitud vampírica hacia hombres como Machado, admirándolos y queriéndolos en cuanto sirven a unos fines determinados. No queremos por esto a Machado, sino por lo que fue y por lo que hizo para ser lo que fue. (En la fotografía: Sainz Rodríguez, Jesús Aguirre y Pedro Lain.)

(1) Georges Canguilhem: *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI, Argentina, junio 1971.

(2) Dominique Lecourt: *Pour une critique de l'épistémologie*. Col. Théorie, Maspero, París, 1972.